

NERUDA EN EL CORAZÓN*

Nos reunimos hoy aquí para rendir homenaje a un poeta, a todo un hombre, a quien tanto le dolió la España que, desde un verano sangriento, la llevó siempre en su corazón.

Mucho se ha dicho en estos días sobre Pablo Neruda, y mucho se seguirá diciendo para exaltar su figura y su obra universales, y una y otra vez se habrán de maldecir las manos asesinas que precipitaron su muerte. Intelectuales o no, devotos o no de la poesía, hombres de todos los credos y de todos los continentes seguirán evocando, junto a su enorme obra poética, su vocación de roca para la justicia, su firmeza insobornable en la lucha contra la opresión y por una sociedad nueva, socialista.

Todo el que ame la poesía y la vida podrá compartir el dolor de su muerte y considerar a Pablo —al poeta y al hombre indisolublemente unidos— como uno de los suyos. Pero para nosotros, los españoles, Neruda tiene un significado especial, aunque él pertenece ante todo a su pueblo, al que consagra totalmente su último libro, firmado apenas en enero de este año con el expresivo título de *Incitación al nixonicidio y alabanza de la revolución chilena*, y aunque pertenece asimismo a la humanidad entera que sufre y lucha por un mundo mejor, más humano, nosotros estamos obligados como cualquier otro a evocar a Neruda, pero además a evocarlo como algo propio, sin considerarlo ciertamente con un acento exclusivo.

*Intervención en el acto de homenaje a Pablo Neruda en el Ateo Español de México el 23 de octubre de 1973.

Si Neruda se asemeja a una montaña poética y humana, pues nunca su voz fue voz de vega o de llano, podemos acercarnos a ella por su ladera española, pues durante cuarenta años hasta el día de su muerte nunca dejó de considerarse solidario de España, parte viva de su combate durante estos largos años. No diremos que Neruda se hace o nace poeta en España, pero sí que fue en ella donde se ofrece tal vez el más alto fruto poético sobre la Guerra civil y donde nace como hombre y como poeta a una nueva vida: la vida que se apagara, en las circunstancias más terribles y execrables, hace apenas un mes.

¿Cuándo y cómo se produce el primer encuentro del poeta con España? Corren los años inmediatamente anteriores a la Guerra civil. Neruda llega en mayo de 1934 con un bagaje poético de altísimo valor que tiene como su fruto más reciente y maduro el primer tomo de *Residencia en la tierra*. Trae con él una voz poderosa, a la vez virginal y oceánica, con la que canta la realidad en lo que tiene de caos y de informe, y a la vez como forma de corrosión y muerte. Del mundo cálido de su juventud, de sus canciones de amor que no excluyen la desesperación, en las que el amor pone orden y da sentido a la vida, el poeta pasa a una visión del mundo en que todo se sucede para que impere el caos, la soledad. Pero aunque la realidad aparezca así como una destrucción inacabable, es un mundo real, humano, el que se refracta en su poesía, si bien marcado por el sello de la caducidad, de la corrosión y la muerte. Nada más lejos, pues, de esta poesía, que la poesía pura, deshumanizada, que se quiere libre y exenta de toda pasión, de toda ligadura con el turbulento subsuelo humano.

Neruda pisa tierra española en momentos de grave inquietud social, de fiebre política, de incertidumbres y desasosiegos, en momentos de cuyo cabal significado habrá de verse, poco después, en julio de 1936.

Esos años de zozobra, de gestación del gran crimen, de timidez y ceguera en las alturas, todo ello concentrado en una intensa vida política, tiene su reflejo en el mundo de la poesía dejando en él la huella de su inquietud, de su fiebre y de sus incertidumbres.

España tiene por entonces los poetas más espléndidos desde el espléndido Siglo de Oro. Nunca —desde entonces— se habían visto juntos tantos y tan altísimos poetas: Juan Ramón Jiménez, Unamuno, Machado, Lorca, Alberti, Cernuda, Prados, Aleixandre y, entre los más jóvenes Miguel Hernández.

En una sociedad enfebrecida, en pleno hervor político, desgarrada por graves contradicciones, los poetas no pueden dejar de sentir sus efectos, sus gritos y sus imprecaciones. Se vuelve una necesidad definirla de nuevo, mirar el terreno que pisa. La poesía tiene que hacer frente al reto de la sociedad. En estas condiciones, el ideal juanramoniano de una poesía pura, que se nutre de sus propios jugos e ignora todas las urgencias políticas y sociales, comienza a ser impugnado. Pero ya en estos años hay poetas que asumen conscientemente el compromiso en medio de estas contradicciones y luchas de la sociedad española y ligan su poesía a la lucha revolucionaria de su pueblo. Es el caso de Rafael Alberti, quien toma casi solitariamente esta posición entre los poetas de renombre, junto con Emilio Prados, autor de admirables poemas revolucionarios aunque menos difundidos. Entre la poesía pura y la poesía militante, los poetas españoles van redefiniéndose, acercándose al pueblo y a una poesía humana. No es casual que poco después, en el verano sangriento, todos se encuentren junto al pueblo combatiente y que el fascismo inmole en García Lorca a la poesía misma de aquel tiempo.

En esta atmósfera poética y política de las vísperas de la Guerra civil llega Pablo Neruda a España. Trae consigo —hemos dicho— la voz angustiada y destructora de *Residencia en la tierra*, que nos dice que todo camina, en esta acción corrosiva y aniquiladora, hacia la muerte: “Como un naufragio hacia adentro nos morimos / como ahogarnos en el corazón, / como irnos cayendo desde la piel al alma”.

La llegada de Neruda a España produce un enorme impacto en el mundo poético. Los más grandes poetas reconocen su genio y le brindan el tributo de su admiración y amistad, en tanto que los más jóvenes se sienten seducidos por su palabra poética. En

la dedicatoria a un folleto-homenaje que contiene tres *Cantos materiales* suyos, Alberti, Aleixandre, León Felipe, García Lorca, Cernuda, Altolaguirre, Guillén y Salinas, entre otros, escriben:

Chile ha visto al gran poeta Pablo Neruda, cuya evidente fuerza creadora, en plena posesión de su destino poético, está produciendo obras personalísimas, para honor del idioma castellano. Nosotros, poetas y admiradores del joven e insigne escritor americano, al publicar estos poemas inéditos —últimos testimonios de su magnífica creación— no podemos hacer otra cosa que subrayar su extraordinaria personalidad y su indudable altura literaria. Al reiterarle en esta ocasión una cordial bienvenida, este grupo de poetas españoles se complace en manifestar una vez más y públicamente su admiración por una obra que sin disputa constituye una de las más auténticas realidades de la poesía de lengua española.

¡Gesto verdaderamente ejemplar éste de los más grandes poetas españoles de la época, el reconocer el inmenso genio poético de Neruda y elevarlo al sitio más alto en el parnaso de la lengua española. Neruda nunca olvidará este gesto, pero ello no le impide terciar en el gran debate definidor de la poesía que se libra en España, pues Neruda comienza a sentirse ya parte de ella, aunque hasta ahora sea casi sólo por el campo de la poesía.

La poesía de *Residencia en la tierra* no es ciertamente la poesía revolucionaria y militante que practican ya Alberti y Prados; pero tampoco es la poesía que aspira al ideal juanramoniano de la pureza. Es poesía contaminada, impura, aunque atormentada y furiosa.

Con la fundación de su revista *Caballo Verde para la Poesía* (octubre de 1935), Pablo lanza un verdadero manifiesto cuyo título “Sobre una poesía sin pureza” es muy significativo. Contra el ideal de una pureza poética, se trata de que todo lo considerado impuro se vuelva material digno de ser poetizado.

Así sea la poesía que buscamos —escribe el poeta—, gastada como por un ácido por los deberes de la mano, penetrada por el sudor

y el humo, oliente a orina y a azucena salpicada por las diversas profesiones que se ejercen dentro y fuera de la ley.

Una poesía impura como un traje, como un cuerpo, con manchas de nutrición, y actitudes vergonzosas, con arrugas, observaciones, sueños, vigiliias, profecías, declaraciones de amor y de odio, bestias, sacudidas, idilios, creencias políticas, negaciones, dudas, afirmaciones, impuestos.

Con su obra y su actitud, Neruda influye en los poetas jóvenes que no se resignan a que la poesía permanezca sorda a los estallidos y dolores humanos. Miguel Hernández nos ha dejado un claro testimonio de la impresión producida por Pablo en aquellos días:

Hay poetas cuya voz cabe en un dedal, en un verso de tres sílabas; hacen mal en extenderse hasta el alejandrino. Se parecen a los ríos que llevan mucho lecho y ningún caudal. La voz de Pablo Neruda es un clamor oceánico que no se puede limitar, es un lamento demasiado primitivo y grande que no admite presidios retóricos. Estamos escuchando la voz virgen del hombre que arrastra por la tierra sus instintos de león; es un rugido; y a los rugidos nadie intenta ponerle trabas.

En este primer encuentro han quedado tendidos los hilos entre el poeta y España; pero son sobre todo hilos poéticos. Su poesía, sin embargo, como un océano poderoso, permanece firme con su hálito corrosivo y atormentado, sin verse afectada aun por este encuentro. Con sus impurezas está lejos, sí, del purismo, pero también del compromiso directo político de un Alberti. Su obra y su actitud son los hilos que lo unen a España; de su poesía a España. Pronto el movimiento será inverso: de España a su poesía para transformarla, para revolucionarla profundamente. Pronto tendrá lugar la trágica conmoción que alterará de raíz los hilos que lo unen a ella, y con ello su poesía misma. Pronto va a conocer — más exactamente, a vivir — la agresión del fascismo contra un pueblo y la heroica lucha de éste.

Hasta ese momento, el poeta de la soledad, la destrucción y la angustia, conoce de España, sobre todo, sus poetas. Pero, desde que el fascismo desata la Guerra civil, conoce también su pueblo, su dolor y su esperanza, y ve la muerte, la destrucción y el crimen no como entidades abstractas o subjetivas, sino encarnadas en la mano y la metralla fascistas que las avientan sobre las tierras de España.

Neruda, desde ese julio sangriento, comienza a ser el poeta de la denuncia y la maldición, de la solidaridad y de la esperanza. Es el poeta de *España en el corazón*; el poeta que aquí nace ya no dejará de serlo nunca. De una patria a otra; de España a la suya, pasando por todas las patrias, por todos los pueblos.

El poeta que en 1936 escribe:

Patria surcada, juro que en tus cenizas
nacerás como flor de agua perpetua...
 ...Malditos sean,
malditos, malditos los que con hacha y serpiente
llegaron a tu arena terrenal...
 ...Traed, traed la lámpara,
ved el suelo empapado, ved el huesito negro
comido por la llamas, la vestidura
de España fusilada.
Será el mismo — ¡qué arco más tenso y más sostenido!

Escribirá unos meses antes de su muerte:

Pueblo y Patria manejan mi cuidado:
Patria y pueblo destinan mis deberes
y si logran matar lo levantado
por el pueblo, es mi Patria la que muere.

Es ése mi temor y mi agonía.
Por eso en el combate nadie espere
que se quede sin voz mi poesía.

Y ese combate al que une su voz en Chile, empieza para él en España. Lo que en años de peregrinación por el mundo —fuera de su patria— no había visto luz, la ve ahora en 1936 en estas tierras calcinadas de España; la luz que se le ocultaba se le aparece ahora en el rostro de los combatientes del pueblo. Todo se le aclara de golpe como si una venda apretada hubiera caído de sus ojos. El poeta de la destrucción y la muerte se encuentra ante la muerte y la destrucción reales, pero ahora éstas tienen causas y tienen culpables, y además no constituyen un círculo cerrado, infernal, sino que tienen también salida.

Los culpables tienen nombres propios (Sanjurjo, Mola, Franco), y el poeta los maldice en sus versos, viendo ya su imagen en los infiernos:

Solo y maldito seas,
solo y despierto seas entre todos los muertos,
y que la sangre caiga en ti como la lluvia,
y que un agonizante río de ojos cortados
te resbale y recorra mirándote sin término.

(“El general Franco en los infiernos”)

El poeta nos dice cómo era España, su oscura tradición, cómo son sus hombres, cómo su pueblo y sus héroes sencillos, y denuncia, maldice y flagela el crimen, y se duele con el dolor de las madres y de los niños para terminar con una oda solar al Ejército del Pueblo con el que cierra esta *España en el corazón* que es, en definitiva, como quería el poeta, un himno a las glorias del pueblo en guerra.

La batalla poética de las vísperas de la guerra queda atrás; para Neruda la vida real le ha decidido claramente en términos categóricos. Ya ni siquiera el sueño, las hojas y los volcanes lejanos caben en su poesía; menos aún el caos, la angustia:

Generales
traidores;

mirad mi casa muerta,
mirad España rota:
pero de cada casa muerta sale metal ardiendo
en vez de flores,
pero de cada hueco de España
sale España,
pero de cada niño muerto sale un fusil con ojos,
pero de cada crimen nacen balas
que os hallarán un día el sitio
del corazón.

¿Preguntaréis por qué su poesía no nos habla del sueño, de las hojas de los grandes volcanes de su país natal?

Ha cambiado el hombre y ha cambiado el poeta. Entre los incendios y las balas, el poeta nace a una nueva vida, una vida vivida con firmeza y sin repliegues que el fascismo no le perdonará nunca, aunque haya de esperar largos años para saquear su casa y aderezar su muerte.

Podemos comprender ahora, en toda su magnitud, lo que España ha sido para Neruda, y a su vez lo que Pablo, asesinado por las mismas fuerzas que él conoció y maldijo en nuestra tierra, es para España. Puede hablarse de un segundo nacimiento del poeta por el cual quedó siempre unido a España. Y él mismo lo ha reconocido más de una vez. Así dice en 1943:

Cuando pisé España, cuando puse los pies en las piedras polvorientas de sus pueblos dispersos, cuando me cayó en la frente y en el alma la sangre de sus heridas, me di cuenta de una parte original de mi existencia, de una base de roca donde está temblando aún la cuna de la sangre (Nota a "Las furias y las penas").

La lucha heroica de un pueblo en armas había cambiado totalmente su existencia; en ella había descubierto nuevos valores que no podían resplandecer en la noche oscura de su poesía anterior ni surgir simplemente en las tertulias de poetas: "La solidaridad de los hombres la aprendí de golpe. En el hecho heroico, en la

vida heroica, en la resistencia, en la victoria y en la derrota de un pueblo” (*Viajes*, 1953, p. 74).

Se puede caminar largos años con los ojos cerrados hasta encontrar el verdadero punto de partida. Y así caminó Neruda, hasta encontrarlo: “A mí me hizo la vida recorrer los más lejanos sitios del mundo, antes de llegar al que debió ser mi punto de partida: España” (*Viajes*, p. 13).

Lo que ha sido España para él es, a la vez, una enseñanza y un legado para el mundo. No puedo dejar de transcribir aunque sea un breve fragmento de las generosas palabras pronunciadas por Neruda en Montevideo, poco después de la derrota de nuestro pueblo:

España es, pues, enseñanza singular y total, enseñanza para el pueblo, enseñanza de laureles destrozados, enseñanza para el humanista, lección para la multitud y para la soledad. Su inmenso río de hombres unidos para resguardar en esa árida tierra la dignidad y la independencia, tesoro central del porvenir, su inmenso río de varones y de banderas, sus poblaciones calladas bajo el trueno de las explosiones y de las agresiones más salvajes que contempló la historia; sus niños que en los subterráneos de Madrid nos hacían callar, indicándonos con sus manitas el cielo donde se oía el murmullo negro de los aviones invasores; sus escuelas recién abiertas al lado de la sangre derramada por la metralla; sus poetas agrupados junto a los soldados mirando el horizonte de la pólvora; seguirán mostrando durante siglos a las multitudes el poder de la unión organizada, y el desarrollo de la inteligencia total del mundo conmovida hasta sus secretas bases por tanta impiedad y tanta persecución, también organizada contra todo un pueblo de la más noble estirpe (E. Oribe, J. Marinello y P. Neruda, *Neruda ante nosotros*. Montevideo, AIAPE, 1939, pp. 46 y 88).

La lección de España estará siempre viva en la vida y la obra de Pablo; no sólo por su presencia siempre viva en sus poemas posteriores (en “Canto a Stalingrado” y en “Un canto para Bolívar”, escritos en este México nuestro que él también tanto amaba,

así como en su grandiosa epopeya del *Canto general*); no sólo por su noble labor organizando la solidaridad y la ayuda del gobierno a nuestros compatriotas en el exilio; y no sólo porque derramó su amistad entre nosotros, sino, sobre todo, porque España cambia no sólo su poesía sino su propia vida, para poder así contribuir a cambiar la de todos. En España, en efecto, había aprendido que la poesía por sí sola no cambia la vida y que es necesaria la lucha activa para hacerla mejor. En 1939 proclama públicamente este descubrimiento, que es para él un verdadero imperativo:

¡Ay! Si con sólo una gota de poesía o de amor pudiéramos aplacar la ira del mundo, pero esto lo pueden sólo la lucha y el corazón resuelto. El mundo ha cambiado y mi poesía ha cambiado. Juro defender hasta mi muerte lo que han asesinado en España: el derecho a la felicidad ("Selección", p. 334).

Desde entonces su poesía y su vida, como soldado de una y otra, para él la misma, fueron el cumplimiento de ese juramento. En 1943 regresa de México a Chile; el cónsul se incorpora así a la lucha activa de su pueblo. El 8 de julio de 1945 ingresa en el Partido Comunista de Chile para afirmar aún más su juramento. A lo largo de más de treinta años, en las circunstancias más diversas, de paz relativa, de acoso por los esbirros de González Videla en la clandestinidad, en su destierro en México; como peregrino del mundo, de nuevo en su patria con la proa puesta hacia un mundo mejor bajo el timón de Allende; como poeta, como simple ciudadano, como senador o diplomático, ¿qué ha hecho Neruda durante todos esos largos años sino luchar por el derecho a la felicidad de los pueblos, derecho hoy asesinado en su patria por las mismas fuerzas del crimen, del fascismo que lo asesinó en España? En esos días terribles que precedieron a su muerte, en los que impotente debió retorcerse en su lecho mientras los generales planificaban la destrucción y la muerte de su patria, más de una vez debió pasar por su mente la imagen de su pueblo y del nuestro, unidos por un trágico y mismo destino.

Neruda nos deja enriquecida — con su vida y su poesía — la lección que recibió de España y que él nos devuelve como un ejemplo de entrega a lo más alto que puede buscarse: el derecho a la libertad y a la felicidad de los pueblos.

Correspondamos a ella volviendo nuestra mirada hacia su patria martirizada, expresando nuestra solidaridad y ayuda a los exiliados chilenos, denunciando el terrible crimen que se abate sobre sus ciudades y sus campos y contribuyendo con todos los medios a nuestro alcance a ayudar a su pueblo en esta hora trágica y a vencer a la camarilla de traidores, vendida en cuerpo y alma al imperialismo. Nosotros, que conocemos el fascismo en carne propia, podemos aquilatar como nadie todo el dolor y la desventura que los generales fascistas han llevado a Chile. Denunciar su traición y su crimen, y mostrar nuestra solidaridad a su pueblo que cuenta entre sus hijos más nobles a Pablo Neruda, será el mejor modo de retribuir la enorme deuda contraída por nuestro pueblo con el autor de *España en el corazón*.

En su último libro (*Incitación al nixonicidio y alabanza de la revolución chilena*) escrito ya en las horas graves en que el poeta presiente para su patria un destino semejante al de España, no hay referencias directas a ella, pero sí a un español ejemplar, Quevedo. Para terminar, dejemos la palabra al poeta, palabra en la que una vez más testimonia un entronque vivo con la sustancia española:

Viviendo entre el océano y Quevedo,
es decir entre graves desmesuras,
leyendo el mar, y recorriendo el miedo

del poeta mortal en su lamento
comprendo la razón de mi amargura.

Porque mi corazón no está contento.
Chile es golpeado por la misma gente
que nos destinan al sometimiento
y amenazan con uñas y con dientes.

Los intereses son como ciclones,
rompen la tierra y todo lo que vive:
estallan en Vietnam las invasiones,

fracasan en la espuma del Caribe.